

Texto del Capítulo "Qué es la Filosofía" del libro Nuevo curso de lógica y filosofía de Guillermo Obiols

¿QUÉ ES LA FILOSOFÍA?

1.El problema

Consideremos las siguientes preguntas que pueden resultar un tanto desconcertantes:

1. ¿Existe Dios?
2. ¿Qué es lo que proporciona energía a la célula?
3. ¿Son las cosas tal como las percibimos?
4. ¿Por qué dilatan los metales?
5. ¿Tiene la vida humana un sentido?, y si lo tiene, ¿cuál es?
6. ¿Aumentarán las exportaciones si se quita el impuesto a las mismas?
7. ¿Pueden las normas morales justificarse racionalmente?
8. ¿Cuál es la conformación geológica de América?
9. ¿Habrá la historia humana llegado a su fin?
10. ¿Por qué se producen los eclipses?

Naturalmente no intentaremos responder estas preguntas, sino, más bien, preguntar a su vez sobre ellas: ¿son preguntas consideradas por las ciencias?, ¿son cuestiones filosóficas?, ¿son interrogantes que se pueden responder según las diversas ideologías o maneras de entender el mundo?

2.Ciencia y filosofía

Algunas de estas preguntas son contestadas por distintas ciencias. Así, por ejemplo, la 2 lo es por la biología, la 4 por la física, la 6 por la economía, etc. Para contestar estas preguntas, como se estudió en la primera parte de este libro, las ciencias elaboran teorías, es decir, explicaciones de distintos hechos o sucesos; las teorías son puestas a prueba cotejándolas con los hechos y aceptadas o rechazadas según los resultados de esas pruebas. Para someter a prueba las teorías científicas se hace uso de la observación y/o experimentación. En general, en cada ciencia, en un momento dado, hay un conjunto de teorías que se consideran básicas y que son aceptadas por el conjunto de la comunidad científica. También ocurre que las ciencias progresan, es decir, con el paso del tiempo logran construir teorías más exactas, o más abarcadoras, que explican mejor que otras los mismos sucesos. Cuando se

estudia una ciencia, entonces, se estudia una serie de conocimientos definidos –teorías- y ciertos métodos de que se vale esa ciencia.

Las preguntas impares de la lista, en general, no son objeto de estudio de las ciencias, sino de la filosofía. Las ciencias no se hacen cargo de ellas. Las preguntas filosóficas han recibido múltiples respuestas como producto de la reflexión racional a lo largo de la historia y no ha sido posible, en general, someter a prueba estas respuestas a través de un proceso de observación o experimentación. No hay unanimidad, ni tampoco un claro progreso al modo de las ciencias; de hecho, alguien puede, hoy, ser platónico o tomista, es decir, adherir a las respuestas que filósofos como Platón (siglo IV a.C.) o Tomás de Aquino (S. XIII) han dado a las cuestiones filosóficas. Las preguntas filosóficas no tienen respuestas contrastables con los hechos porque la mayor parte de las veces son preguntas generales que no se refieren a los hechos naturales o sociales que estudian las ciencias, sino a entes u objetos no empíricos, como Dios, o a cuestiones valorativas o de sentido como las referidas a las normas, a la cuestión del desarrollo histórico o al sentido de la vida.

Sin embargo, algunas preguntas, como la número 3, que hemos ubicado en el campo de las filosóficas, son en cierto modo, objeto de indagación de las ciencias; la psicología, por ejemplo, al estudiar la percepción se pregunta por la correspondencia de la misma con las cosas. En realidad, podemos considerar que hay una suerte de tierra de nadie o *zona gris*, con preguntas que pueden ser objeto de estudio por parte de la ciencia o de la filosofía. Por ejemplo, si preguntamos: “¿Qué es el espacio?” o “¿Qué es el tiempo?”, abordamos cuestiones que han sido, tradicionalmente, objeto de la indagación filosófica, pero que en la actualidad son estudiadas también por la física. La zona gris entre ciencia y filosofía se modifica con el tiempo, algunas cuestiones que se podían considerar filosóficas, en la medida en que pasan a ser objeto de una indagación metódica y a tener respuestas más definidas se van constituyendo en cuestiones científicas. Se podría creer que algún día las últimas cuestiones filosóficas serán abordadas por alguna ciencia y la filosofía dejará de existir. Sin embargo, los hechos no son tan sencillos, más bien, al contrario, la dilatación del campo científico plantea nuevas cuestiones filosóficas. Al respecto, un científico de la talla de Albert Einstein decía: “Las actuales dificultades de su ciencia obligan al físico a afrontar problemas filosóficos en grado muy superior a lo que sucedía en otras generaciones”. También, por ejemplo, el desarrollo de la ingeniería genética plantea preguntas como “¿sería correcto fabricar subhombres, dóciles, con bajo cociente intelectual y fuertes músculos para que realicen las peores tareas si esto permitiera liberar a los auténticos hombres de las ‘mismas’?” Una pregunta como esta, sería una pregunta que la filosofía trata en una de sus ramas que se denomina “Ética”.

Por otra parte, la ciencia se asienta en ciertos *supuestos*, es decir, en admitir sin necesidad de demostración y, muchas veces, sin hacer explícitas ni tematizar, la verdad de algunas proposiciones como la afirmación del valor del conocimiento científico, o la validez de la observación sensible como instrumento final para contrastar las teorías con la realidad, y otros. La filosofía, en cambio, aspira a constituirse en un *saber sin supuestos*, en un saber que sea fundamento de cualquier otro saber, o, al menos, en un saber en el que cualquier supuesto pueda ser tematizado. En relación con la cuestión de la filosofía como saber sin supuestos al final de este capítulo se incluyen sendos textos del argentino Santiago Kovadloff y del colombiano Danilo Cruz Vélez.

3. Ideología y filosofía

Al menos algunas de las preguntas que hemos presentado como filosóficas son contestadas por diferentes ideologías o concepciones globales de la realidad. Así, por ejemplo, la cuestión acerca del sentido de la vida humana puede ser contestada afirmando que el sentido de la misma es realizar las acciones que aseguren la salvación del alma y la vida eterna. Una respuesta de este tipo correspondería a lo que se denomina la concepción medieval del mundo, muy extendida y dominante en Occidente hasta el siglo XV, aproximadamente. La concepción renacentista del mundo, en cambio, es más terrenal y humanista y valora en alto grado los placeres y la gloria en este mundo. Una concepción del mundo puede tener su origen en una determinada fe religiosa, de este modo se puede hablar de la “concepción judía del mundo”, o de la “concepción cristiana”, o de la “concepción musulmana”, y por cada una de ellas queremos decir la manera de comprender el mundo, la realidad y la vida humana propia de cada religión. Algunas importantes concepciones del mundo se originaron al calor de la lucha política, como el liberalismo o el socialismo. Es en estos casos que se prefiere usar la expresión “ideología” y es así como habitualmente se dice “ideología liberal” o “ideología socialista”. También estas ideologías configuran una visión del mundo, una concepción del hombre y dotan de sentido a las acciones humanas.

Una ideología o concepción del mundo es una visión global de la realidad que es elaborada desde una determinada perspectiva, unilateralmente. Así, se trata de la concepción judía, cristiana, musulmana, de la Edad Media, del Renacimiento o de la ideología de un sector u otro, etc. Entre dos ideologías o concepciones del mundo más o menos enfrentadas es muy difícil hallar un juez, árbitro o mediador que pueda ser aceptado por ambas partes; si alguna es un tanto intolerante es posible que las diferencias se resuelvan por medio de la fuerza y que se asista a una persecución ideológica. La historia de la humanidad está llena de “guerras santas” libradas en nombre de ideologías que pretendían constituir la única verdad y el instrumento para la salvación de la humanidad.

La filosofía presenta una doble diferencia con las ideologías. En primer lugar, hay cuestiones o problemas filosóficos que tienen poco o ningún interés para las ideologías porque no parecen tener implicaciones prácticas –lo que sí es de interés para las ideologías–, como podría ser preguntarse por la noción de infinito. Recíprocamente hay cuestiones que preocupan mucho a los ideólogos y que poco o nada interesan a los filósofos como las preguntas acerca de si tal o cual conducta es o no es ortodoxa. En consecuencia, aunque hay un terreno común de preguntas o temas de interés filosófico e ideológico, lo cierto es que hay cuestiones ideológicas que no son filosóficas y cuestiones filosóficas que no son ideológicas. Pero más importante es una segunda diferencia que se puede establecer entre filosofía e ideología. Para explicarla consideremos como ejemplo la pregunta número 5, acerca de si la vida humana tiene un sentido. Desde una ideología o concepción del mundo se puede responder a esta pregunta de cierto modo y, en otras ideologías hacerlo de otra manera, pero, cuando se pregunta: “¿por qué se afirma que es tal el sentido de la vida?”, la respuesta suele ser del tipo: porque así lo ha enseñado Dios, o así nos enseñaron nuestros padres o nuestros antepasados, o porque siempre lo hemos entendido así, etc. Es decir, las ideologías o concepciones del mundo dan respuestas más o menos *dogmáticas*, que deben ser aceptadas por provenir de alguna autoridad. Desde el punto de vista filosófico, las mismas preguntas reciben respuestas *críticas*, es decir, respuestas fundamentadas racionalmente, que puedan ser objeto de discusión y análisis y de una valoración de los argumentos en que se sostienen. Esto es característico de casi todo el pensamiento filosófico: un filósofo puede

sostener libremente –sin atenerse a ningún dogma o doctrina que haya que aceptar por la fe o por venir de alguna autoridad- lo que se le ocurra, pero debe, como contrapartida, dar razones que, si no prueban su respuesta, por lo menos la avalan o sostienen de alguna manera y, en consecuencia, permiten que pueda ser sometida a la discusión y a la crítica. En este punto, la filosofía se acerca a la ciencia y se muestra reacia o tiene poca simpatía por aquellos que dicen saber, pero son incapaces de argumentar racionalmente. Al tratar de dar respuestas fundamentadas, la filosofía trata de superar la unilateralidad y la parcialidad, propias de las ideologías que muchas veces suministran a la filosofía la materia básica sobre la cual ejercer el análisis o la crítica.

Sin embargo, también hay zonas grises entre filosofía e ideología, no sólo por la existencia de cuestiones comunes como señalamos antes, sino también porque en ocasiones los filósofos, y sobre todo algunos discípulos o seguidores de los filósofos pueden llegar a afirmar sus doctrinas de un modo por demás dogmático, con ciego fanatismo ideológico. En general, cuando de un filósofo se pasa a su “ismo”, de Aristóteles al “aristotelismo” o a los “aristotélicos”, la filosofía se transforma en ideología. También puede ocurrir que una concepción del mundo busque sustentarse en teorías científicas o ideas filosóficas a fin de obtener cierta rigurosidad y ganar prestigio. De esta situación suelen ser ejemplo aquellos casos en los que se usa la expresión “nuestra filosofía...”, cuando debería decirse “Nuestra ideología...” o “Nuestra manera de concebir las cosas...”. Finalmente, algunas concepciones del mundo en ocasiones pueden abrirse francamente a una discusión filosófica, crítica, de sus doctrinas.

En una conferencia que el filósofo español José Ferrater Mora (1912-1990) pronunció en Buenos Aires, señaló la existencia de tres posibles planteamientos sobre las relaciones entre ciencia, filosofía e ideología.

4.Un poco de historia

Se conviene en considerar que la filosofía y la ciencia como reflexión metódica y sistemática nacen en la civilización griega hacia el siglo VII a.C. Inicialmente no se puede diferenciar entre ambas, pero, con el paso del tiempo se va estableciendo una cierta distinción. Así, Aristóteles, ya en el siglo IV a.C. considera que hay un saber fundamentado que busca establecer las *causas* de los sucesos, que trata de lo *universal y necesario*, un saber que es distinto del saber que proporciona la experiencia, es decir, el frecuentar un objeto, que es un saber que ignora las causas, que sólo conoce lo singular y lo contingente. Dentro del primer tipo de saber, Aristóteles diferencia entre el saber de las *causas primeras*, es decir, la búsqueda de los primeros principios, de los fundamentos últimos, y el de las causas segundas, es decir, el conocimiento de las causas más próximas a los fenómenos. La filosofía, o en el vocabulario de Aristóteles, la filosofía primera, se ocupa precisamente de las causas primeras y las filosofías segundas, las que con el tiempo serán las ciencias particulares, se ocupan de las causas segundas. Esta distinción aristotélica coincide con una diferenciación que se mantiene hasta nuestros días como un lugar común: la ciencia realiza una tarea en la que se atiende más a lo observable, la filosofía es más especulativa y trata de un saber más profundo. Para Aristóteles, la filosofía, por ocuparse de las causas primeras constituye el saber al que deben subordinarse las ciencias, según el punto de vista aristotélico, la filosofía a la que llama “sabiduría” es la reina o la *madre de las ciencias*.

No obstante, debe hacerse notar que las ciencias de las causas segundas de la época aristotélica son saberes poco desarrollados y dependientes de la filosofía.

En la Edad Media, con la hegemonía del cristianismo en Occidente, se constituye un nuevo saber, la teología revelada, que es considerada por la iglesia como el saber supremo. La *teología revelada* parte de admitir por la fe la verdad de la revelación, es decir, considera a la Biblia como la palabra de Dios; apoyándose en la misma la teología estudia a Dios, al mundo y al hombre. En la Edad Media, en general, la filosofía sigue siendo considerada la reina de las ciencias, pero se encuentra subordinada a la teología, estimada como “ciencia sobrenatural” por la iglesia. A esta nueva ubicación de la filosofía se la conoce con el nombre de la *filosofía como sierva de la teología*.

A partir de los tiempos modernos, se produce un gran desarrollo de las ciencias particulares que les da *autonomía respecto de la filosofía*. En el siglo XVII, con Galileo se constituye la física recortando un objeto y una metodología propios. En el siglo XVIII, con Lavoisier, se constituye la química como ciencia autónoma, y posteriormente ocurre lo propio con la biología y las llamadas ciencias humanas o sociales: psicología, sociología, etc. En la filosofía de la época predominan cuestiones referidas al conocimiento, con disputas entre empiristas que afirman que la experiencia es la fuente y el fundamento del conocimiento y racionalistas que consideran que la razón ocupa ese lugar. También para la misma época se desarrolla la filosofía política con pensadores como Locke, Voltaire, Montesquieu, Rousseau y otros filósofos de la ilustración. En la medida en que la iglesia va perdiendo poder, la teología va decayendo y muchos filósofos y científicos la consideran desde entonces como un pseudosaber.

En el curso del siglo XIX continúa el desarrollo de las ciencias particulares y de las técnicas que en ellas se apoyan produciendo una gran transformación de la vida cotidiana –productos industriales, comunicaciones, etc.-. Es la época en que surge el *positivismo* fundado por el francés Augusto Comte. El positivismo es un *cientificismo*, es decir, una posición que niega todo valor a la filosofía en nombre de los valores de las ciencias particulares. El científicismo reduce todo conocimiento al conocimiento científico. Comte pensaba que era la ciencia la que proporcionaba los auténticos conocimientos sobre el mundo y que la única misión que le podía quedar a la filosofía era reunir en un sistema los conocimientos que proporcionaban las diversas ciencias para obtener una imagen global de la realidad.

Es interesante advertir que desde Aristóteles (S.IV a.C.) hasta Comte (S. XIX), la filosofía se ha convertido, en estas concepciones, de reina de las ciencias en una disciplina totalmente subordinada a las mismas.

5. La filosofía en siglo XX

Pretender reivindicar la idea de la filosofía como reina de las ciencias en nuestra época no parece demasiado sensato. Pero aceptar el punto de vista del científicismo supone un empobrecimiento del ser humano que parece tener, al lado de su dimensión científica, otras, como la artística, la religiosa o la filosófica. Naturalmente, tanto Aristóteles como Santo Tomás o Comte, tienen sus seguidores en nuestra época. Pero también hay otros puntos de vista desarrollados en el siglo XX.

Algunos pensadores como el alemán Rudolf Carnap y un grupo de filósofos que constituyeron lo que se denominó el Círculo de Viena, elaboraron un *neopositivismo* según el cual se acepta que son las ciencias las únicas que proporcionan los auténticos conocimientos, pero corresponde a la filosofía, a través del desarrollo del instrumental lógico inquirir sobre la ciencia misma, sus distintos tipos, sus métodos, etc., la filosofía es, fundamentalmente, *filosofía de la ciencia o epistemología*. Los filósofos, que deberían tener una buena formación en ciencias, tienen por objeto de estudio la ciencia misma y cuando abordan otros temas deben hacerlo desde una perspectiva y utilizando métodos científicos.

Un punto de vista que guarde ciertas relaciones con el anterior, pero que, no obstante, debe diferenciarse, es el que arranca, en el siglo XX, con el austriaco Ludwig Wittgenstein y que da lugar a la *filosofía analítica*. Según Wittgenstein, la labor filosófica es una labor de “análisis del lenguaje”. Los filósofos analíticos profesan, en general, un fuerte rechazo por los aspectos más especulativos del pensamiento filosófico –porque suelen ser los que usan un lenguaje más preciso- y tienden a considerar a la filosofía como un pensar crítico y analítico. La labor filosófica por excelencia es realizar una *aclaración lógica de nuestro lenguaje*. En realidad, la tarea de aclaración conceptual ha sido una constante de la actividad filosófica a lo largo de su historia, pero, en el siglo XX, con un conocimiento más preciso de la lógica del lenguaje, esta tarea ha ganado en solidez e importancia.

Para Karl Jaspers, pensador alemán que se inscribe en el *existencialismo*, la filosofía es considerada como una búsqueda incesante, un pensar y un reflexionar sobre todas las cosas, sobre el mundo de la ciencia, el poder de la técnica y muy especialmente acerca del ser humano y su estar en el mundo. En esta caracterización, la filosofía ya no es la ciencia de las causas primeras, ni siquiera es, ella misma, una ciencia, sino una reflexión sobre el mundo. El filósofo es, entonces, un examinador constante de sí mismo, de los demás hombres y de la realidad toda. El filósofo es un pensador. No se trata de construir un sistema acabado y definitivo, lo que haría el dogmático, sino de *preguntar*. Preguntar es la tarea del filósofo.

“Filosofía de la ciencia”, “filosofía del lenguaje”, “pensar la totalidad” ... sólo son algunas fórmulas que no agotan las maneras de entender la filosofía que, a fines del siglo XX, como en varios pasajes de su historia, no tiene un status que se pueda definir muy claramente.

6. Los orígenes de la filosofía

¿Qué es lo que llevó y lleva a los hombres a la filosofía? ¿Qué es lo que mueve a los hombres a filosofar? Contestar a estas preguntas es buscar los orígenes de la filosofía. Así entendido, origen no es lo mismo que comienzo. Por *comienzo* se entiende el momento histórico en que los hombres empezaron a filosofar. Por *origen* se entiende la fuente de la que mana el impulso que mueve al hombre a filosofar. Siguiendo el análisis que realiza K. Jaspers, en el libro citado anteriormente, se distinguen tres orígenes del filosofar: el asombro, la duda y las situaciones límite.

Asombrarse o admirarse es sorprenderse, extrañarse frente a lo cotidiano, ante el hecho de que las cosas sean, de que haya algo. Nos asombramos cuando rompemos la relación práctica con el mundo y nos preguntamos qué es la realidad, cuál es su fundamento, cuando nos extrañamos de que haya mundo. Si en lugar de encogernos de hombros frente a estos interrogantes los tematizamos,

ingresamos en la filosofía, para Platón y Aristóteles la filosofía tenía su origen en la admiración y la extrañeza frente al mundo.

Dudar es suspender el juicio, es no afirmar ni negar. En la vida cotidiana nos vemos obligados a decidir, a afirmar o negar más o menos rápidamente; sin embargo, en ocasiones, nuestras más firmes creencias, las que parecían más sólidamente establecidas, vacilan, si dudamos frente a ellas y si profundizamos en esa duda se nos abre el segundo camino hacia la filosofía. En Descartes, Filósofo francés del siglo XVII, la duda juega un papel fundamental en la construcción de su filosofía.

Las *situaciones límite* del sujeto, situaciones que no podemos eludir, como la muerte, el dolor, la lucha, que nos llevan a tomar conciencia de nuestra subjetividad y sus limitaciones, constituyen la tercera puerta de acceso a la filosofía. Por este camino, nos abrimos a la indagación de la existencia personal concreta que no es tratada por la ciencia, la que en general se enorgullece de su carácter impersonal. En las filosofías existenciales el punto de partida es considerar la situación concreta del sujeto.

7. Los problemas de la filosofía y las disciplinas filosóficas

Los ya mencionados tres orígenes de la filosofía conducen a distintos problemas o cuestiones filosóficas y a una división del campo de la filosofía.

El primer acceso a la filosofía, el asombro ante la realidad, lleva a preguntarse ¿qué es lo que hay?, ¿qué es lo aparente y qué es lo real?, ¿qué distintos tipos de entes hay?, ¿hay un arte fundamental capaz de dar razón del todo? Este tipo de cuestiones constituye lo que globalmente se designa con nombre de *problemas del ser*, que es abordado por una disciplina filosófica que se denomina *ontología* o *metafísica* y que se estudiará en el próximo capítulo y en el siguiente, principalmente.

La segunda puerta de acceso a la filosofía, la duda frente al conocimiento, lleva a preguntas tales como ¿qué es el conocimiento?, ¿qué distintos tipos de conocimiento hay?, ¿qué es la verdad?, etc. Este tipo de cuestiones se agrupan globalmente bajo el nombre de *problemas del conocimiento*. El mismo es estudiado por una rama de la filosofía que se denomina *gnoseología* o *teoría del conocimiento* y en este libro se estudiará en los capítulos VII y IX, especialmente.

El tercer origen de la filosofía, las situaciones límite en la vida del hombre, conduce a un primer grupo de *cuestiones antropológicas*. ¿es el hombre un producto más de la evolución del reino animal?, ¿tiene el hombre una esencia definida?, y si la tiene, ¿cuál es? Estas preguntas son tratadas por la *antropología filosófica* y se estudiarán en el capítulo XII, preponderantemente. Pero las situaciones límite llevan también al problema del *obrar humano*: ¿qué debo hacer de mi vida?, ¿qué es el bien?, ¿qué es el deber?, ¿en qué consiste la felicidad?, ¿cuál es el fundamento de las normas? Estas cuestiones constituyen el *problema ético o moral* que es estudiado por la *ética* y en nuestro libro serán tratadas en los capítulos X y XII, principalmente.

Es necesario efectuar ahora algunas aclaraciones sobre esta división del campo de la filosofía.

En primer término, debemos señalar que la filosofía constituye una *unidad* y que, si bien es conveniente distinguir los problemas filosóficos y las disciplinas que los estudian, cualquier división es

un tanto artificial. No hay, ni mucho menos, límites estrictos entre estos problemas. Las cuestiones filosóficas están interrelacionadas entre sí, de tal manera que generalmente una desemboca en otra.

En segundo lugar, hay que señalar que los problemas mencionados y las correspondientes disciplinas son los principales, pero no agotan el campo de la filosofía. Cuestiones filosóficas surgen allí donde los hombres se deciden a encarar los fundamentos o preguntar por el sentido de cualquier cosa. Así, por ejemplo, la realidad educativa puede ser vista bajo un aspecto filosófico si preguntamos: ¿qué es la educación?, ¿cuáles son los fines de la educación?, ¿qué tipo de hombres queremos formar?, ¿con qué valores?, etc., estas cuestiones son abordadas por la *filosofía de la educación*; el arte y la belleza son el objeto de la *estética*; el desarrollo histórico y la historia como disciplina son tratados por la *filosofía de la historia* y algo de esta última rama de la filosofía se estudiará en el capítulo XI.

En tercer término, debe hacerse notar que, junto a esta división del área de la filosofía por problemas y disciplinas filosóficas, hay una distinción en *etapas históricas* que permiten hablar de una filosofía antigua, una filosofía medieval y del Renacimiento, una filosofía moderna y una filosofía contemporánea. La historicidad es un componente esencial de la filosofía cuyos problemas sólo pueden ser acabadamente comprendidos si se los ubica en el contexto en que surgieron. Es por este motivo que, en este libro en cada capítulo, consideramos un problema o cuestión filosófica localizada en un momento histórico determinado y seguimos una secuencia cronológica que arranca con la filosofía antigua y culmina con la filosofía contemporánea. Claro que al estudiar estos momentos de la historia de la filosofía lo hacemos tratando de presentar las proyecciones contemporáneas, la actualidad de los mismos.

8.El sentido del estudio de la filosofía

Hay una filosofía profesional o filosofía considerada en sentido restringido que, conociendo la historia de la misma, se aboca a dilucidar cuestiones más o menos técnicas y específicas, pero hay también una filosofía considerada en *sentido amplio* que es practicada por todo el que se anima a pensar críticamente la propia actividad, la vida y el mundo, en pensar la totalidad y su ubicación en ella. El estudio de la filosofía más técnica o profesional puede ayudarnos a desarrollar más lúcidamente la propia filosofía y a tener una actitud más crítica frente a las concepciones del mundo y a los valores en los que vivimos inmersos.

Eludir el estudio de los problemas filosóficos constituye una cobardía que lleva a participar pasivamente de un modo de pensar que nos es impuesto por el medio social, los prejuicios y las ideologías dominantes. Si no somos nosotros los que pensamos las cuestiones esenciales, alguien lo hará en nuestro lugar.

Decía Sócrates que una existencia sin examen no merece la pena vivirse. En efecto, a diferencia del animal, no estamos meramente en el mundo tratando de durar lo más posible, ni formamos parte de un rebaño. El examen y el autoexamen, el pensar libremente y el obrar, la práctica que les corresponde, constituyen el sentido del filosofar.

El profesor Nicholas Rescher, de la Universidad de Pittsburg, en un diálogo con el profesor Ezequiel de Olaso, del Departamento de Filosofía de la Universidad de Buenos Aires, decía al consultársele acerca de la necesidad y el sentido de la filosofía, lo siguiente:

1.Dada la creciente especialización y división del trabajo entre las ramas del conocimiento y del saber, tiene que haber una disciplina que bisque las interconexiones e interrelaciones y las lecciones que pueden extraerse de ellas. 2.Tiene que haber una disciplina que interprete las lecciones del pasado humano (y especialmente de nuestros pasados culturales) para entender el presente (y viceversa). 3.Tiene que haber una disciplina que se preocupe en sí misma por cuestiones de valor y significación y las implicaciones de los hechos mundiales para la “condición humana”. Ninguna disciplina que no sea la filosofía quiere o puede emprender estas tres tareas. Las condiciones de nuestro presente son tales que necesitamos de la filosofía más que nunca.

“El pluralismo filosófico es inevitable”. E. de Olaso. *La Nación*. Buenos Aires, 21-6-92

La filosofía es hoy por hoy una disciplina que es cultivada en las principales universidades del mundo, por algunas de las inteligencias más brillantes y que se desarrolla en varias dimensiones: explorando tradicionales problemas filosóficos, investigando la historia de la filosofía misma, abordando nuevas cuestiones teóricas o prácticas que precisamente el desarrollo científico-técnico plantea, pensando nuevos problemas ético-políticos que se presentan con los cambios sociales, etcétera.

9.La filosofía en la Argentina

¿Hay filosofía en la Argentina? ¿Desde cuándo? Desde la época colonial se puede considerar que existen estudios en la materia. Por esa época los mismos están ligados a la Iglesia Católica y siguen una orientación tradicional: se estudia a Santo Tomás de Aquino y Francisco Suárez, teólogo y filósofo español de fines del siglo XVI. Los revolucionarios de mayo de 1810 conocen y están influidos por la filosofía de la Ilustración: Rousseau, Voltaire, Montesquieu, etc. En la época de la organización nacional predominan el romanticismo y el historicismo. La generación del 80 es fuertemente positivista.

A lo largo del siglo XIX, las ideas filosóficas en la Argentina están impregnadas de una fuerte sustancia práctica: se trata de ideas filosóficas europeas que adquieren entre nosotros un fuerte tinte político, por ejemplo, en Moreno, Echeverría, Sarmiento o Alberdi. En consecuencia, se prefiere la expresión más amplia y vaga de “pensamiento argentino” o “ideas argentinas” frente a la más estricta de “filosofía argentina” para designar a un conjunto de autores y obras que, aunque no constituyan filosofía en el sentido restringido del término, plantearon y desarrollaron con profundidad temas importantes que hacen a nuestra realidad nacional.

Los estudios de filosofía adquieren un carácter más “profesional” con la fundación de las facultades de filosofía y letras o humanidades a principios del siglo XX, la creación de Departamentos de Filosofía en dichas facultades y la organización de estudios de filosofía sistemáticos en forma de “carreras de filosofía”.

En nuestro país hay actualmente una rica actividad filosófica que gira fundamentalmente alrededor de los departamentos de filosofía de las principales universidades nacionales, del Consejo Nacional de

Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET) y de algunas entidades privadas como el Centro de Investigaciones Filosóficas (CIF), la Sociedad Argentina de Análisis Filosóficos (SADAF9), la Escuela de Filosofía de Buenos Aires, la Asociación Argentina de Investigaciones Éticas, el Centro de Estudios Filosóficos de Salta (CEFISA) y muchas otras instituciones. Se editan revistas como *Cuadernos de filosofía*, *Cuadernos de Ética* o la *Revista Latinoamericana de Filosofía*. Periódicamente se realizan congresos, jornadas, seminarios, cursos, conferencias, mesas redondas y otras actividades. A través de las mismas se expresan y, en ocasiones, se encuentran distintas escuelas o corrientes filosóficas existentes en nuestro medio. Muchos de los filósofos argentinos publican trabajos en revistas filosóficas extranjeras y son invitados a dar cursos y conferencias en universidades de distintos países de América y Europa. También en ocasiones, filósofos de otros países han visitado la Argentina y tomado contacto con sus colegas. Una parte de la labor especializada que se realiza trasciende a un público más vasto a través de libros y artículos publicados en los grandes diarios, o de conferencias que se dan para un público no especializado. Sin embargo, bajos sueldos y recursos escasos constituyen un obstáculo para un mejor desarrollo de la actividad filosófica argentina que, a pesar de todo, es reconocida internacionalmente.

Los estudios de filosofía, a nivel terciario, se cursan en los institutos del profesorado, donde se preparan los profesores para los colegios secundarios y en varias universidades nacionales en las facultades denominadas de “Filosofía y Letras” o “Humanidades”. La universidad suele dar dos títulos: “Profesor en filosofía” y “Licenciado en filosofía”, el primero está orientado hacia la actividad docente y el segundo, hacia la investigación. Tanto el profesorado como la licenciatura tienen un gran tronco de asignaturas comunes diferenciándose hacia el final de la carrera por incluir el primero un ciclo de asignaturas pedagógicas y la segunda una tesis de licenciatura. Aunque los planes de estudio presentan diferencias según las distintas facultades; suelen constar de un ciclo introductorio; un grupo de asignaturas históricas, como filosofía antigua, medieval, moderna y contemporánea; un grupo de materias problemáticas como gnoseología, ética, metafísica, estética, lógica, filosofía de las ciencias, antropología filosófica, etc.; un grupo de materias auxiliares, como lengua y cultura griegas, lengua y cultura latinas, inglés, francés y/o alemán; y algunas asignaturas optativas para que el alumno oriente su formación hacia alguna rama de la filosofía.

CONSIGNAS

- 1) ¿A qué se denomina en la historia del pensamiento “el paso del mito al logos”?
- 2) ¿Qué diferencia existe según Jaspers entre orígenes y comienzo de la Filosofía? ¿Cuáles son los orígenes del pensamiento filosófico que identifica Jaspers a lo largo de la historia?
- 3) ¿Qué semejanzas y diferencias encuentras entre Filosofía, ciencia e Ideología?
- 4) ¿Cuál fue el estatus disciplinar de la Filosofía en la Antigüedad, el Medioevo y la Modernidad?
- 5) ¿Cuáles fueron las tres grandes corrientes filosóficas del Siglo XX?